

ENTRE NUDOS, ROTURAS Y ENLACES: Redes feministas entre lo imprevisto y el cálculo del poder instituido

Gabriela Bard Wigdor¹

Resumen: El presente artículo recorre experiencias locales de organización feminista en instituciones educativas y científicas, con el objetivo de localizar pistas útiles que nos permitan identificar las presiones que desarmen las redes feministas o que atentan contra ellas y las posibles resistencias creativas para oponer a la lógica totalitaria del poder instituido. Asimismo, se analiza los problemas internos en dichas redes, como son la competencia, las aspiraciones individualistas y la dificultad de resistir a las presiones externas, las cuales colocan en riesgo la organización deseada. En efecto, desde la experiencia de organizar espacios feministas de activismo en la academia cordobesa (Argentina), se aborda los diferentes fenómenos que emergen entre resistir y responder a las presiones del poder institucional, en un escenario de subjetividades atravesadas por el heteropatriarcado capitalista. Para lo cual, como material de análisis se recurre a la propia experiencia de organizarse entre feministas, en conexión con lecturas históricas sobre lo que sucede con lxs sujetos cuando la presión del poder instituido opera en sus cuerpos y subjetividades. Así, se reconoce la relación entre las apuestas micropolíticas de creación frente y con el poder; las dificultades que enfrentan los feminismos para resistir a las presiones institucionales y la necesidad de supervivencia individual en contextos Heteropatriarcales y capitalistas.

Palabras claves: Redes Feministas. Patriarcado. Instituciones. Capitalismo. Resistencias.

BETWEEN KNOTS, BREAKS AND LINKS: Feminist networks between the unexpected and the calculation of instituted power

Abstract: This article covers local experiences of feminist organization in educational and scientific institutions, with the aim of locating useful clues that allow us to identify the pressures that disarm feminist networks or that attempt against them and the possible creative resistances to oppose the totalitarian logic of instituted power. Likewise, internal problems in these networks are analyzed, such as competition, individualistic aspirations, and the difficulty of resisting external pressures, which put the desired organization at risk. Indeed, from the experience of organizing feminist activism spaces in the Cordovan academy (Argentina), the different phenomena that emerge between resisting and responding to the pressures of institutional power are addressed, in a scenario of subjectivities crossed by the capitalist heteropatriarchy. For which, as material for analysis, the own experience of organizing among feminists is used, in connection with historical readings about what happens to the subjects when the pressure of the instituted power operates on their bodies and subjectivities. Thus, the relationship between the micropolitical bets of creation against and with power is recognized; the difficulties that feminism face to resist institutional pressures and the need for individual survival in heteropatriarchal and capitalist contexts.

Keywords: Feminist Networks. Patriarchy. Institutions. Capitalism. resisters.

¹ Doctora en Estudios de Género- Universidad Nacional de Córdoba/UNC. E-mail de contato: gabrielabardwigdor@unc.edu.ar.

ENTRE NÓS, QUEBRAS E LIGAÇÕES: Redes feministas entre o inesperado e o cálculo do poder instituído

Resumo: Este artigo percorre experiências locais de organização feminista em instituições educacionais e científicas, com o objetivo de localizar pistas úteis que permitam identificar as pressões que desarmam as redes feministas ou atentam contra elas e as possíveis resistências criativas para se opor à lógica totalitária do poder instituído. Da mesma forma, são analisados os problemas internos dessas redes, como a competição, as aspirações individualistas e a dificuldade de resistir às pressões externas, que colocam em risco a organização desejada. Com efeito, a partir da experiência de organização de espaços de ativismo feminista na academia cordovesa (Argentina), são abordados os diferentes fenômenos que emergem entre resistir e responder às pressões do poder institucional, em um cenário de subjetividades atravessado pelo heteropatriarcado capitalista. Para isso, utiliza-se, como material de análise, a própria experiência de organização entre feministas, em conexão com leituras históricas sobre o que acontece com os sujeitos quando a pressão do poder instituído opera sobre seus corpos e subjetividades. Assim, reconhece-se a relação entre as apostas micropolíticas da criação contra e com o poder; as dificuldades que os feminismos enfrentam para resistir às pressões institucionais e à necessidade de sobrevivência individual em contextos heteropatriarcais e capitalistas.

Palavras-chave: Redes Feministas. Patriarcado. Instituições. Capitalismo. Resistores.

Introducción

“Mantener ocupados a los oprimidos,
con las preocupaciones del amo”
Audre Lorde (2003)

Tomando el epígrafe de Audre Lorde (2003), este ensayo intenta salir de las agendas dominantes de investigación y ocuparse, desde una lectura feminista, de los problemas que suelen presentarse para la organización política feminista dentro del ámbito de la Educación Superior y las instituciones de producción de conocimiento científico en general. Para lo cual, parto de la propia experiencia de organizarme en colectivos feministas en la Universidad Nacional de Córdoba y en el ámbito del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET-Argentina), donde he vivido que las agendas de lucha de nuestros espacios, terminan siendo intervenidas, obstaculizadas o directamente desarmadas por los poderes institucionales.

En ese sentido, a la influencia del poder institucional sobre las organizaciones, se agrega el contexto político, económico y social a nivel global, caracterizado por el Capitalismo Cognitivo, que atraviesa las dinámicas del sistema científico tecnológico local, atentando contra las posibilidades de sobreponerse de modo colectivo a lógicas que son estructuralmente individualistas y competitivas para la producción de conocimiento. El Capitalismo Cognitivo,

para Míguez (2014), consiste en una fase del desarrollo donde el conocimiento y el cambio tecnológico son el centro de los procesos de producción y ganancia. Así, las nuevas tecnologías de información, almacenamiento, procesamiento y transmisión de la información, constituyen medios de producción de realidades y quien las domina, se convierte en un actor fundamental de la subjetivación social.

Asimismo, en el Capitalismo Cognitivo, el empleo es difícil de cuantificar, porque insume tareas y tiempos “a un grado de explotación mayor que en el taylorismo” (Míguez, 2014, p. 41) y no necesariamente se materializa en productos tangibles. A pesar de que las/os trabajadoras del conocimiento son más autónomas/os en la organización de su desempeño laboral, las fronteras entre el espacio y el tiempo formal de trabajo se pierden y la persecución de objetivos productivos se vuelve una tarea infinita. La lógica que domina la subjetividad laboral es la del cálculo económico para la producción de conocimiento, mientras el mercado afecta los procesos creativos, nuestras maneras de sentir, comprender y conocer la realidad. De este modo, la creatividad y la innovación en el conocimiento se destina a desarrollar actividades que controlan y someten a su propio/a creador/a.

En consiguiente, el capitalismo cognitivo hunde sus raíces en la dinámica del sistema científico-tecnológico y en quienes son parte del mismo, más allá de nuestras adscripciones teóricas y políticas porque es esencialmente individualista, competitivo y meritocrático. Al respecto, Klein (2019) argumenta que, “si bien es posible ser feminista sin ser anticapitalista, no es posible ver las formas con que se actualiza el patriarcado sin tener en cuenta las estrategias del capitalismo sobre la vida” (p. 12). Por eso, en este ensayo reflexiono sobre el impacto del capitalismo y el patriarcado en las relaciones de poder fuera y dentro de las redes feministas, tanto en relación a la presión institucional que se genera sobre las mismas, como a su contexto local e históricamente situado.

Partiendo del contexto general mencionado, este registro de indagación-escritura contiene profundas cargas emocionales y sensibles, porque es una reflexión que intentan dar sentido a mi experiencia organizativa y al de otras compañeras. Para lo cual, he recurrido a la metodología cualitativa de la autoetnografía, herramienta de descripción-análisis y reflexión de la que dispuse para desarrollar este texto en diálogo con bibliografías especializadas en el tema. En efecto, el texto se compone de subapartados donde destaco los principales conflictos, nudos

y quebraduras que hemos sufrido las redes feministas en esta época y al interior de la Universidad y el sistema científico tecnológico, desde una perspectiva singular, situada y no universal.

Metodología de trabajo

“Al no triunfar la revolución, los espantos permanecen”
Silvia Schwarzbock (2015:23)

El presente trabajo se realizó desde la autoetnografía y para recuperar la experiencia de participación y organización de redes feministas, dando cuenta de los obstáculos que se han presentado en el camino. Tantos obstáculos que como afirma Schwarzbock (2015) en el epígrafe, el espanto del heteropatriarcado capitalista en la vida cotidiana continúa y sobre todo se expresa en nuestros vínculos sociales.

La autoetnografía es una metodología cualitativa que parte de la experiencia personal para comprender el contexto espacio-temporal en sus dimensiones culturales, sociales y políticos. Es decir, es un proceso de investigación, escritura, historia y método que conectan lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político (Ellis, 2004). En particular, habilita a preguntarse ¿Para qué fin podría exponerse a esta experiencia? ¿Con quienes quiero dialogar a través de este texto? ¿Qué conversaciones serán posibles a partir del mismo?

En el caso de este escrito, expongo mi experiencia con el sentido de comprenderla tanto para mí misma, como para las personas que fueron y son parte de una trama de relaciones de trabajo, amistad y activismo feminista. Quisiera aportar elementos que fortalezcan las redes feministas en contextos tan adversos como el que estamos viviendo y por eso mi preocupación por las relaciones sociales, en tanto dimensión ética en todo el proceso de escritura. Así, traje a mi memoria experiencias pasadas, retrospectiva y selectivamente elegidas a los fines de interpretar lo vivido. Al mismo tiempo, consulté bibliografía especializada sobre el tema y dialogué sobre situaciones similares con otras compañeras.

Finalmente, asumo esta autoetnografía como un acto político, como un documento provisorio para apoyar e impulsar debates entre las experiencias narradas y dar lugar a la subjetividad y a lo emocional como aspecto central de todo proceso colectivo. Al respecto, Donna Haraway (2020) escribió sobre la necesidad de narrar otras historias y en otros registros,

sobre la relevancia de producir textos más cercanos a la literatura que a la escritura academicistas. Es este mi intento de proponer una historia en lugar de teoría cerrado, dando cuenta de mis valores, convicciones y apuestas políticas como potencialidades y no como limitantes para investigar (Bochner, 1994).

Un breve repaso de lo situación que inspira este texto

Desde hace varios años, he conformado e impulsado numeroso equipos de investigación y extensión con financiamiento institucional y sin recursos específicos, generalmente no centrados en los temas que son de interés exclusivamente personal, sino que núcleos de indagación con temáticas amplias, que intentaban contemplar los intereses de cada compañera integrante y sumar a un objetivo común de trabajo. El objetivo era formarnos mutuamente en los feminismos descoloniales, contener y generar acciones por la “descolonización, descapitalización y despatriarcalización” del sistema de Educación Superior y de investigación. Estos equipos de trabajo se constituían al mismo tiempo como redes feministas de apoyo, con organización de actividades extraacadémicas que interpelan a la comunidad en general; proyectos de inserción territorial para construir diálogos sobre problemáticas de género con sujetos externos a la academia y generar cuidados colectivos, entre otras estrategias comunes.

El horizonte político era crear un espacio anfibio entre la academia y el activismo feminista, que nos permitiera apoyarnos mutuamente para sobrevivir dentro de ámbitos competitivos, masculinos y excluyentes, desde el sostén activista, laboral y afectivo. Para ello, el modo de coordinar las tareas eran las reuniones, las plenarias de organización, el debate y los acuerdos colectivos de modo constante. Estos procesos de organización se vieron continuamente afectados por conflictos de diversa índole, algunos asociados al contexto político del país, a contingencias de salud, a dificultades personales de algunas integrantes y a desacuerdos políticos frente a la incidencia institucional del sistema educativo superior en la dinámica interna del espacio. Sin embargo, lo que resultó el conflicto central de las redes feministas, fue la permanente tensión entre lo colectivo y las apuestas personales-laborales de quienes convergen en el mismo espacio, fomentadas especialmente por los gobiernos de las instituciones, lo cual generaba desde una merma en el compromiso asumido por sus integrantes, hasta desencuentros más profundos sobre cuestiones éticas y políticas de lo que significaba ser

parte de un colectivo feminista.

Sobre estos eventos, he sentido desconcierto e impotencia, especialmente cuando las compañeras abandonan compromisos laborales y activistas con procesos ya iniciados, aumentando el esfuerzo que las otras deberían hacer para mantener a flote el proyecto y retirando sus saberes del espacio. Estas situaciones singulares, sumado a la presión política constante por parte de las instituciones académicas y a la competencia por cargos académicos escasos, se agudiza con un clima de época donde las sujetos son exigidas a ser una empresa de sí mismas y su cuerpo una inversión económica. Así, los espacios de fueron debilitando, desarmando e incluso desapareciendo o tal vez permanezcan en un estado de latencia, por causas que responden al menos a estas situaciones: Opciones personales por construir carreras de prestigio y reconocimiento individual que requieren de un uso del tiempo mayor que no da espacio a lo colectivo; resquebrajamiento de los lazos comunitarios por la presión política del contexto y de las instituciones; necesidad de supervivencia institucional o búsqueda de otros horizontes políticos que sean más rentables en términos individuales; participación en organizaciones no necesariamente feministas y seguramente queden por fuera otras motivaciones que podrías analizar en otra ocasión.

Las lógicas académicas atentas contra lo comunitario

¿Por qué el mundo académico es un contexto tan fértil
para el comportamiento abusivo?
(Lieselotte, Laranjeiro y Tom, 2023:3)

Nos encontramos en una coyuntura histórica, donde la economía afectiva que circula entre las personas se encuentra atravesada por la competencia constante desde capitales que se encuentran desigualmente distribuidos según clase, género, origen geográfico y nacional; edad, capacitismo y racialidad (entre otras). Estas relaciones de competencia son los modos hegemónicos de organización del trabajo en las Instituciones de Educación Superior (IES) y de investigación (CONICET) en el Capitalismo Cognitivo, que impregna a las/os sujetos con valores como la meritocracia y la ideología de la competencia constante; así como el sometimiento a las normas académicas y burocráticas que atentan contra la creatividad de las personas y colectivos, exigiendo productividad y rendimiento sostenido.

En ese sentido, el Capitalismo Cognitivo se ha tornado hegemónico en las IES y se

traduce en síntomas como la fractura del trabajo colectivo debido a la exigencia de la propiedad intelectual individual sobre los resultados de las investigaciones, lo que privatiza el conocimiento y su control. Proliferan también las patentes de investigación, los derechos de autor/a; las tesis finales de grado y posgrado en tiempos acelerados y como trámites para conseguir becas que contribuyan a sostener la vida de quienes aspiran a ellas; clima laboral donde el rendimiento constante pasa a ser el lenguaje bajo el que se escribe, investiga y difunde conocimiento científico. Esta situación impacta necesariamente en las formas en que se organizan las investigaciones en la Universidad y en el Sistema científico tecnológico de Argentina, concentrado en la venta de saberes, en la producción ilimitada de artículos y en la obligación de gestionar financiamientos para ciencia, técnica de manera constante y en contextos de escasez de recursos e inversión para la ciencia.

De allí que organizarse políticamente se constituya en una necesidad y una práctica que se orienta por el deseo de cambio, pero que al involucrar nuevas cargas de tareas, tiempos y compromisos a los mencionados, genera sensaciones colectivas de cansancio y sobre exigencia. En efecto, a pesar de que una de las apuestas de estos espacios es organizarse comunitariamente para impulsar procesos de producción de conocimientos plurales, colectivos y socialmente útiles, que al mismo tiempo disminuyan la carga productivista y meritocrática sobre nuestro desempeño laboral, son espacios que acaban sintiéndose como otra carga de trabajo más, que se agrega a los días laboriosos de quienes trabajamos en la academia y en las IES. Además, pareciera que no genera ganancias personales y por tanto, es fácilmente desechable.

Asimismo, las apuestas colectivas de producción de conocimiento feminista, se enfrentan con las normas institucionales androcéntricas, individualistas y exitistas, que no reconocen lo comunitario como un modo de hacer investigación y enseñanza. Reconozco en mi propia historia de organizarme con otras, la manera en que nos afectó el cuidado del “nombre propio” que muchas integrantes realizaban. “Nombre propio” es una denominación que elijo para describir la práctica del cálculo constante sobre lo que dice, hace o propone al interior de los espacios académicos/laborales por parte de algunas compañeras y bajo el control de lo “políticamente correcto”. Es decir, es la manera en que compañeras de organización cuidan minuciosamente no hacer o decir algo que pueda ofender a quienes dirigen las instituciones o las representan y al ejercicio entrenado que conlleva suavizar las críticas, las iniciativas y los

debates colectivos, bajo la idea de esperar a “madurar procesos de largo plazo”, por “el diálogo y la estrategia política necesaria” y por la insistencia en una búsqueda de consenso que en realidad es la imposición de abdicar de lo que se pretendía transformar.

En consiguiente, disfrazado de estrategia política, se argumenta la obstaculización de iniciativas disruptivas con el orden hegemónico de la instituciones, lo que esconde el miedo a manchar “el nombre propio” y así disminuir el prestigio social, capital fundamental de poder al interior de las academias. Situación que se agrava por lo difícil que resulta ser activista en el lugar donde se trabaja a diario, con apuestas laborales que, en general, dependen de modo directo de quienes detentan el poder institucional en dicha coyuntura. Por eso, quienes habitan estos espacios, saben que aventurarse a interrumpir el orden hegemónico de la academia-universidad, puede provocar en el entorno la etiqueta de “ser problemática” o poco “táctica”, lo cual se configura como un estigma sobre la persona y resulta suficiente para apartarla de espacios de organización, trabajo y decisión en las diferentes instituciones.

En consiguiente, dejar de ser “un buen nombre” ante las instituciones, es asumir el costo de ver reducidos los espacios para la conquista de cargos académicos y de participación institucional, así como a financiamientos e información, por lo que es difícil que la mayoría de las personas estén dispuestas a correr este riesgo. Lo desarrollado anteriormente, me recuerda la experiencia de Sara Ahmed en su paso como docente de la Universidad de Goldsmiths (Londres), donde renunciado a “ser un buen nombre” en el año 2016, dejó su puesto docente denunciando la falta de contundencia de dicha institución para tratar casos de acoso sexual. En palabras de la autora: “Era importante para mí capturar el modo en que las organizaciones y las instituciones pueden afirmar que están haciendo cosas como una estrategia para no hacerlas; la forma en que las instituciones son muy buenas en no-hacer cosas con palabras” (2022, sd). El hacer cómo si se intervinieran en los problemas es parte del folklore de las instituciones a las que hacemos alusión, una dimensión constitutiva de las dinámicas internas para disuadir a las feministas de pronunciarse públicamente sobre lo que les molesta.

En ese sentido, las dinámicas internas del cómo sí, han permitido en mi experiencia, desoír reclamos estudiantiles sobre docentes acosadores y maltratadores; debates en torno a la distribución de los recursos institucionales y modos de organizar las tareas. Al ser espacios coloniales y heteropatriarcales debido a su genealogía y posterior reproducción en el

capitalismo tardío, es difícil aspirar a que se generen políticas feministas de manera consensuada con el poder institucional. Además, la institución se sostiene sobre relaciones laborales/amistosas que exigen la obsecuencia en las decisiones de sus participantes, castigando la disidencia de diversas maneras como, por ejemplo, el chisme sobre quien no se somete a las normas. El chisme es una acción de comunicación, a través de la cual fluyen los sentidos compartidos entre los grupos hegemónicos y que supone una clasificación de las personas desde una perspectiva moralizante. Según Weber (1971), chismear sobre una persona responde a un orden hegemónico que autoriza a quienes hablan a sancionar las conductas de quien es hablada desde un paradigma de obediencia.

Por otro lado, la forma en que burocráticamente se organizan las tareas en las IES y academias, resultan un impedimento de organización de relaciones horizontales, de cooperación y amorosas entre feministas. La exigencia de ascender a través de acumular direcciones y proyectos de investigación, va generando una competencia entre pares por el acceso a dichos capitales, incluso a costa de compromisos asumidos, relaciones de cariño y amistad. Al mismo tiempo, al encontrarse situadas en instituciones de capacitación y saberes especializados, las organizaciones feministas acaban asumiendo un perfil de grupos especializados en una temática para ofertar capacitaciones, docencia, servicios a terceros, etc. que no trascienden a una acción política de incidencia sustancial en el contexto. A lo sumo, son espacios de integración social y de incorporación a las IES vía cargos docentes, becas y proyectos laborales que “salvan” o mejoran las condiciones de vida de quienes ocupan dichos espacios.

De modo que las instituciones académicas tienden a generar ascensos individuales y amenazan las relaciones que traman lo común; solidifican una matriz afectiva productivista y competitiva, donde los conflictos se vuelven obstáculos a sortear o disimular, en lugar de aspectos esenciales y necesarios de las relaciones sociales y de la salud de las organizaciones, las cuales no pueden ni debieran ser armónicas o rígidas. Por tanto, advierto que se cimienta un estado emocional entre compañeras feministas acerca de los conflictos esperables y necesarios en las organizaciones, que podría caracterizarse de paranoico, sostenido en la desconfianza hacia lo que la otra compañera hace, espera o genera.

Al respecto, es necesario advertir que las instituciones generan reglas y valores informales e implícitos sobre cómo deben vincularse las personas con las autoridades y entre

ellas, que generan la paranoia mencionada, especialmente sobre el potencial riesgo de pérdida de poder y laboral que implica la presencia de la otra, depositar confianza en ella y acordar estrategias comunes para habitar dichos espacios. Recordemos que la academia y la Universidad, se organizan desde una burocracia jerarquizada, donde la competencia por cargos políticos, docentes y no docentes, es extremadamente reglada en los papeles pero escasamente transparente en los hechos. Hablo de la experiencia de concursos docentes que no respetan las trayectorias de las aspirantes a los cargos y la consecuente selección política partidaria de quienes van ocuparlos; cargos docentes y no docentes que se heredan con lógicas previas a la Reforma del VIII². En ese contexto, es probable que se generen conflictos entre compañeras que desean aspirar al mismo cargo y deben competir entre ellas, con la imposibilidad de generar propuestas colectivas porque se exigen que sean individuales y desde el desconocimiento de la huella colectiva de toda trayectoria singular.

Sin embargo, cuento con numerosas experiencias de tramar estrategias comunes con compañeras de la organización feminista en la que militamos y con las cuales aspirábamos al mismo cargo docente. Como modo de colaborar entre nosotras, diseñamos Powers Point para las clases de oposición en conjunto, ensayamos su exposición entre nosotras y nos acompañamos hasta el último momento de entrar al aula del concurso y competir entre nosotras, recordándonos siempre que se trataba de asumir responsabilidades estratégicas para plantear visiones feministas contrahegemónicas en las instituciones. Así, durante unos años, apostamos colectivamente porque cada una pudiera concretar las aspiraciones docentes, de becas de investigación o extensión, como un modo de transformación de estos espacios que son personales y políticos. De allí que si a una le tocaba en ese momento ser docente o firmar la dirección de un proyecto, a la otra le tocaría más adelante y todas contribuiremos a ello. Redes feministas, formas comunitarias de hacer trayectoria laboral-política en las academias androcéntricas y reacias a corporalidades feminizadas como nosotras, que intentaba interrumpir la lógica competitiva salvaje de aniquilación de la otra que nos propone el contexto.

En consiguiente, las apuestas feminista de comunitarizar los proyectos personales-

² Una de las principales reivindicaciones de la Reforma Universitaria del Siglo XVIII en la Universidad Nacional de Córdoba, fue sobre el régimen de designación del profesorado, al que considera "punto principal en la Reforma Universitaria", proponiendo que la selección se realice mediante concursos de oposición, para que los cargos no se hereden como bienes de familias.

políticos en contextos altamente individualistas, conviven y se chocan con lo que Weber (1971) llamaba “una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad”. La ética de la convicción implica rendir cuentas con los principios y convicciones personales y de pertenencia política. La ética de la responsabilidad es aceptar que actuamos en condiciones impuestas por un mundo tal y como es. En la negociación entre estas éticas se encuentra la posibilidad de hacer política feminista en la vida cotidiana. Al decir de Ahmed, “Identificar los problemas institucionales se vuelve costoso, tenemos que encontrar maneras de compartir esos costos” (2022, sd). El problema es que no todas las feministas de las organizaciones están dispuestas a asumir los costos de confrontar al poder.

Cuando estar organizadas se convierte en un tipo de *optimismo cruel*

A partir de la teoría crítica del “Giro afectivo”, especialmente del libro “El optimismo cruel” de Laura Berlant (2020), me gustaría analizar las afectaciones, emociones y síntomas que se presentaron como malestares en la organización feminista de la que soy parte. A los fines de reflexionar sobre este proceso histórico de desarme de espacios colectivos para gestionar la vida en común, considero como Berlant (2020), que es “posible sostener que las respuestas afectivas ejemplifican de manera significativa el tiempo histórico compartido” (p. 42).

En efecto, la organización feminista de la que soy parte, comenzó al menos hace dos años (siendo 2023) a sentirse como un peso, un esfuerzo y una demanda cuasi laboral sobre numerosos cuerpos que la constituían. Algunas compañeras argumentaron una “crisis del deseo”, una ausencia de motivación para el hacer colectivo que nos reunía; mientras otras no se sentían “contenidas” por los temas de investigación-acción propuestos y algunas decidieron desertar en silencio. En dicha ocasión, sectores del colectivo interpretamos la falta de deseo como un limitante de las personas que lo expresaban, aspecto que hoy comprendo diferente, más bien como un síntoma de un momento histórico que atraviesa a aquellos cuerpos que intentan resistir al orden neoliberal individualista. Tal como sostiene Renata Salecl (2022), “es una época en la que se piensa a cada sujeto como el amo/a de su destino y donde el pensamiento positivo se ofrece como remedio a los males que padecemos producto de la injusticia social. Lo que debería ser crítica social se reemplaza por autocrítica” (p. 44) y por la crítica del colectivo hacia la una persona individual.

En consecuencia, ¿Qué pasaría si conectamos con esa realidad, conversamos sobre el sentimiento y la afectación triste que el contexto impone al cuerpo? ¿Cuáles son las potencias de reemplazar el enojo por la conversación? Quizás no pasaría nada diferente de lo relatado hasta aquí, pero nos evitaremos altas dosis de malestar y maltrato colectivo, de lo que Berlant (2020) llamaría una relación de *optimismo cruel*. Esta se configura cuando eso mismo que deseamos se vuelve una aspiración cruel, porque el objeto del apego nos impide de manera activa alcanzar ese mismo propósito que en principio nos condujo a él. Ese quizás sea el caso de la organización feminista al interior de las instituciones, especialmente lo reconozco en mi apego por hacer proyectos colectivos cuando no están dadas las condiciones objetivas.

Asimismo, la apuesta por transformar las formas de producir conocimiento en la universidad se ha constituido más en una expresión de deseo con el tiempo y un limitante para ascender en la academia, que una posibilidad de cambio concreta. Las IES no parecen preparadas para este tipo de apuestas; al contrario, las desalienta con sus dinámicas burocráticas, verticalistas y competitivas, donde lo que se persigue es el sostenimiento del propio cargo político. Esta situación afecta el cuerpo que quiere interrumpir dicha dinámica, porque las personas asumimos teorías y representaciones idealizadas acerca de cómo nosotras y el mundo forman parte de algo y cuando estas se derrumban, acarrearán depresión, cinismo, ansiedad, etc. emociones que no son bien recibidas cuando se persigue el bienestar individual como una meta primordial. Por eso, lo que aparecía en nuestros encuentros de organización en los momentos de crisis era una sensación de desgano y frustración, la representación de que la trayectoria individual se truncaba con los proyectos colectivos; que los tiempos de organizarse atentaban contra los placeres y la vida íntima. Así, la imposibilidad concreta de organizarse desde el feminismo en las instituciones, me condujo a una crisis de las expectativas y proyectos de vida tan abrumadora, que aún no logro generar estrategias alternativas.

Por otro lado, no podemos evadir que para los cuerpos feminizados que habitan los espacios laborales mencionados, ser parte de los colectivos implica energías que se consumen en una vida afectiva escindida entre lo público y lo considerado privado. La presión de sobrevivir en instituciones heteropatriarcales y capitalistas aumenta con las cargas familiares y afectivas que afectan la estabilidad psico-emocional de quienes participamos en ellas. De hecho, los espacios feministas que apuestan por la concreción de vínculos laborales-afectivos-

amistosos como respuesta a la jerarquía instituida, la competencia y la meritocracia, pueden también constituirse en “zonas grises” (Viaene, Laranjeiro, Tom, 2023), dónde la organización de límites en la distribución del trabajo, los espacios de ocio y socialización, sumado a las expectativas de generar vínculos amorosos entre colegas; genera conflictos, angustias y desorientación para ambas partes. Es decir, cuando no estamos ante una situación de abuso de poder, sino de trabajos colectivos en tiempos prolongados de convivencia y diálogo, es natural que se constituyan lazos afectivos de cuidado, respeto y tal vez amistad. Pero, ¿qué pasa cuando dichos vínculos están atravesados por jerarquías formales y trayectorias diversas; cuando los requerimientos institucionales empiezan a demandar direcciones, firmas y posiciones jerarquizadas en base a trayectorias de capitales?

Es un desafío asumir las diferencias que existen entre nosotras al interior de los feminismos. A menudo defendemos la diversidad y las diferencias, como si estas fueran siempre una mera cuestión de elecciones de vida o experiencias singulares. Olvidamos que entre nosotras concentramos trayectorias disímiles, ocupamos posiciones en relación a lo económico, cultural, familiar o emocional y de trayectorias, que nos desigulan en las proyecciones laborales, en los espacios políticos y en los intereses prioritarios de la organización. Así, quien tiene una posición económica privilegiada, difícilmente adviertan el clasismo que atraviesa a las instituciones y a las organizaciones feministas, lo mismo que el racismo o el capacitismo. Sin asumir esas realidades, seguiremos encontrando obstáculos en nuestras potencialidades de estar juntas.

¿Es la horizontalidad el modo necesario de organizarnos?

La toma de decisiones y los modos de organizarse suele ser un epicentro de conflicto en las organizaciones sociales y especialmente en las feministas, con tendencias antiautoritarias y assemblearias. Esa tradición, genera problemas al interior de los espacios que disputan las IES, porque la elección de la horizontalidad niega la conducción de quienes detentan posiciones de autoridad consolidados (que no es lo mismo que la imposición desde el verticalismo), lo que convierte a la asamblea en un esencialismo político que no mira el contexto ni la necesidad.

En mi experiencia, cuando disputamos espacios de competencia por cargos, puestos de dirección institucional o producción de dispositivos de información que conllevan dirección

política, suele ser menos efectivo la organización horizontal que oculta las diferencias de capitales, que el desafío de asumir liderazgos para obtener mayor efectividad. Esto no invalida el debate de ideas, la consulta sobre las decisiones ni el antagonismo entre las lecturas políticas, pero se necesita del reconocimiento a la experiencia de las compañeras con mayor trayectoria para la toma de decisiones finales. En consiguiente, la horizontalidad no debe ser un fetiche ni una esencia, sino una herramienta de organización según los objetivos que se persiguen. Esta opera como condición necesaria pero no suficiente para el quehacer militante en general y es una potencia cuando acordamos el rechazo al autoritarismo jerarquizante, concentrador del poder y legitimador de la diferencia entre medios y fines. Nos permite asumir una aceptación crítica de formas de liderazgos que surgen de las trayectorias singulares y de las capacidades diferenciales de conducir procesos en cada ocasión.

Sin embargo, he experimentado el modo en que compañeras de militancia sancionan a otras compañeras por lo que esta les genera en el plano emocional más que por sus capacidades de conducción de un proceso concreto. Zenobi (2020) explica al respecto que existe “la producción social de categorías emocionales sancionatorias positivas o negativas que permiten nombrar lo que sucede. De modo tal, que “la competencia entre diferentes formas de considerar cuál es la mejor estrategia, puede estar dinamizada por las evaluaciones morales que las personas realizan sobre cuestiones emocionales” (2020, p. 131). Cuando las emociones se hacen parte de la toma de decisiones sin diálogo ni claridad, los dispositivos de organización como la horizontalidad no son efectivos para ese colectivo, independientemente de la voluntad de las personas que los componen. Tanto Zenobi (2020) como Jasper (2012), analizan el modo en que algunos sentimientos pueden producir sociabilidad entre las personas, mientras otros pueden causar desmovilización o promover la declinación de las formas de organizarse. Por ejemplo, el miedo a enfrentar a las autoridades institucionales en coyunturas de elecciones o represivas, puede producir frustración y celos, sentimiento que dividen y debilitan a los grupos. En contextos académicos como el que nos ocupa, la competitividad y la exigencia productiva constante somete a las/os sujetos a sentimientos de rivalidad, sospecha y celos entre militantes, que acaban fracturando los espacios colectivos.

En consecuencia, las formas horizontales de organizarse no son siempre necesarias en la academia para combatir tendencias autoritarias, que no es lo mismo que posiciones de

jerarquía. De hecho, incluso puede agudizarlas porque las disfraza. Además, Zenobi (2020) explica que las personas pueden agruparse bajo una misma consigna y sostener al mismo tiempo batallas internas por espacios de poder. Por ejemplo, en el caso de las organizaciones feministas en la academia, quienes son aliadas en determinada situación de confrontación de la violencia de género, luego pueden ser antagonistas en la competencia por un cargo docente o deben asumir divisiones de trabajo jerárquicas como la que comparten una directora y una becaria, que al mismo tiempo militan juntas. Entonces, ¿qué pasa con la horizontalidad cuando se cruza con la jerarquía de posiciones? ¿Qué hacemos cuando en los grupos el entendimiento y el reconocimiento deja de hacer lazo social? ¿Cómo afecta a los/as sujetos la interrupción del reconocimiento y el arribo de la competencia por el prestigio? En mi experiencia, las personas no parecen predispuestas a conversar y ponerle palabras a lo que verdaderamente les sucede, y lo que no se nombra, no existe.

El silencio no es salud: ¿Qué hacer con lo que nos hacen las instituciones?

En las organizaciones de las que he sido parte, el trabajo se mezcla con el activismo y a veces con las amistades que se generan con el transcurso del tiempo. Esta situación vincular implica desafíos que deben ser gestionados con delicadeza, ya que los gobiernos de las instituciones aprovechan en su beneficio estas configuraciones afectivas para obtener mayor dotación de poder institucional generando conflictos pasionales. En efecto, ser una organización feminista que intenta sobrevivir a las lógicas dominantes de vincularse y producir conocimiento en la academia, resulta una apuesta que demanda una constante inversión emocional y gestión de los problemas, con negociaciones que son laborales pero también afectivas. Por eso, las personas habitan una tensión diaria por tener que responder a sus propios intereses laborales, que no siempre coinciden con los del colectivo al que pertenecen y donde también comparten amistades y, al mismo tiempo, confrontar, negociar o desertar de demandas institucionales que no benefician a estos afectos.

Al respecto, cuando se produce un desencuentro entre las apuestas políticas de las organizaciones feministas, las demandas y ofrecimientos institucionales, que en ocasiones sí conectan con los intereses personales de ascenso a cargos o de obtención de capitales individuales de quienes integran dichos colectivos, el daño y la fractura del espacio comunitario

es casi un hecho. Baez (2011) analiza asertivamente esta situación y sostiene que “(...) parece ser ya un axioma imposible de cuestionar, la institución es: afuera altaneros o adentro arrodillados” (p. 238). Cuando se debe negociar con los espacios de poder y control institucional, existen pocas salidas que no sean la obediencia al poder o la resistencia desde los lazos comunitarios y a costa de pérdidas personales. Mientras las organizaciones se dirimen entre el deseo colectivo, personal y las demanda de la institución; la incertidumbre atraviesa los espacios y los desencuentros expulsan a las integrantes. Por eso, ante el discurso universitario, la herramienta principal que tienen los espacios contrahegemónicos es saber escuchar y poder hablar entre sí, lo que se vuelve una quimera en los procesos políticos impuestos desde las instituciones, pensados para que no haya tiempo más que para trabajar y obedecer.

En ese sentido, la principal herramienta política que tienen las organizaciones son la confianza, el diálogo y el reconocimiento entre sus integrantes. Honneth (1997), trabaja la noción de reconocimiento como lazo social o lazo ético, que permite la existencia de grupos conviviendo en una totalidad ética, más que como la sumatoria de individuos/as aliados/as. El reconocimiento entonces, es la condición de la relación social, que evita o puede evitar formas de acción instrumental o estratégicas en los vínculos humanos/as y no humanos/as. Así, el reconocimiento es clave en las relaciones sociales y va más allá de la acción estratégica, nos habilita a convivir en comunidades éticas y afectivas, desde cierta mutualidad, dependencia respecto de los/as otros/as y reciprocidad.

El reconocimiento como entendimiento y mutualidad, implica mirarse en la diferencia y saberse reconocido/a en las propias capacidades y características, como parte de nuestra propia identidad. En efecto, el reconocimiento mutuo y el compromiso social, son los pilares de una sociedad que debe confrontar con la hipercompetitividad y el individualismos salvaje.

Reflexiones

Para Schwarzböck (2015) nos encontramos en una batalla política y social que es vitalista; es decir, una lucha por un buen vivir y por desarmar el modo en que el capitalismo afecta nuestros cuerpos hasta enfermarnos. Una batalla que necesita cuestionar la promesa de felicidad que es el éxito académico y el reconocimiento que proviene de las instituciones de poder, apostando a otros modos posibles de construir y vivenciar “el éxito”, como aquel que se

construye y disfruta colectivamente.

En ese sentido, para que podamos sostener redes feministas vitalistas, necesitamos desarmar el discurso del productivismo y de la meritocracia elitista de la academia. Asumir explícitamente y como apuesta política los costos de producir colectivamente, aunque signifique menos cantidad de producción objetiva que rendir en las instituciones. Disputar los espacios desde dentro no es una quimera, porque los espacios sociales se componen de personas y nosotras somos parte de ellas, por tanto podemos contagiar una manera diferente de vincularse con el conocimiento y de construir trayectorias laborales dentro de la producción del mismo.

El contexto es difícil, las IES son espacios masculinizados, atravesados por el neoliberalismo y la competencia permanente, por eso mismo las redes feministas son tan importantes para vivir y convivir con otros cuerpos que resisten a la exclusión de los espacios de educación, investigación y dirección política. La potencia de lo colectivo debe pensarse como un desafío situado, donde no hay recetas ni instrumentos infalibles, donde todo es ensayo y error, hasta construir herramientas que nos permitan hacer lo común desde nuestras diferencias.

Referencias

Ahmed, Sara. **Denuncia! El activismo de la queja frente a la violencia institucional**. Argentina: Caja Negra, 2023.

Báez, Jairo. **El psicoanálisis y la institución (El eterno des-encuentro)**. Tesis Psicológica, núm. 6, noviembre, 2011, pp. 236-243. Colombia: Fundación Universitaria Los Libertadores Bogotá. 2022.f.236-243. 2011.

Bénard Calva Silvia **Autoetnografía. Una metodología cualitativa**. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2019.

Bochner, Arthur. **Perspectives on inquiry III: The moral of stories**. Estados Unidos de América: Sage. 1994.

Berlant, Lauren. **El Optimismo Cruel**. Argentina. Caja Negra. 2020.

Ellis, Carolyn. **The ethnographic I. A methodological novel about autoethnography**. Estados Unidos de América: Altamira, 2004.

Ellis, Carolyn, Adams, T. y Bochner, A. Autoethnography: an overview. **Forum: Qualitative Sozialforschung** 12(1). Acceso 3 de julio del 2023. 2010. Disponible en:

Revista Momento – diálogos em educação, E-ISSN 2316-3100, v. 32, n. 2, p. 133-151, mai./ago., 2023. 149
DOI:

<http://www.qualitativeresearch.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>

Haraway, Donna.; Torres, Helen. **Seguir con el problema: Conversación entre Donna Haraway y Helen Torres**. Acceso 3 de julio del 2023. 2020. Disponible em <https://www.youtube.com/watch?v=-WN6SYkjQSs>

Honneth, Axel. **La lucha por el reconocimiento**. Barcelona: Crítica. 1997.

Jasper James. Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. **Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad**. 4(10), 46-6. Acceso 3 de Julio de 2023. 2012. ISSN: 1852-8759. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273224904005>

Klein, Laura. **Más acá del bien y del mal. por un feminismo imposible**. Argentina, Red Editorial. 2019.

Lieselotte Viaene, Catarina Laranjeiro y Miye Nadya Tom. **Las paredes hablaban cuando nadie más lo hacía. Notas autoetnográficas sobre control y poder sexual en el mundo académico de vanguardia**. Acceso 3 de julio del 2023. 2023. Disponible en: <https://contrahegemoniaweb.com.ar/2023/04/24/las-paredes-hablaban-cuando-nadie-mas-lo-hacia/>

Melandri, Lea. La modificación personal no es una revolución. **Revista Disenso**. Abril 14, 2. Acceso 3 de julio del 2023. 2021. Disponible en: <https://revistadisenso.com/la-modificacion-personal-no-es-una-revolucion/>

Lorde, Audre. **La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias**. Madrid, Ed. Horas, 2003.

Míguez, Pablo. Trabajo y valorización del conocimiento en el siglo XXI: Implicancias económicas de la movilización del saber. **Revista Estado y Políticas Públicas**, Núm. 10, pp. 39-59. Acceso 3 de junio del 2023. 2018. Disponible em: <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/13920>

Míguez, Pablo. Del General Intellect a las tesis del capitalismo cognitivo: Aportes para el estudio del capitalismo del siglo XXI. **Bajo el Volcán**, Vol. 13, Núm. 21, pp. 27-53. Acceso 3 de julio del 2023. 2014. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/286/28640302003.pdf>

Richard, Nelly. **Feminismo, género y diferencia(s)**. Santiago de Chile: Palinodia, 2008.

Ossa, Carlos. **El ego explotado. Capitalismo cognitivo y precarización de la Creatividad**. Santiago de Chile. Ediciones de la Universidad de Chile, 2016.

Shulman, Sara. **El conflicto no es abuso. Contra la sobredimensión del daño**. Argentina, Paidós. 2023.

Weber, Max. **Economía y sociedad**. La Habana: Editorial de Ciencias Sociale, 1971.

Zenobi, Diego. Antropología política de las emociones: Las movilizaciones de víctimas en América Latina. **Asociación Americana de Antropología**. Volumen 25 , Número 1. Acceso 3 de julio del 2023.2020. Disponible en: <https://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/doi/epdf/10.1111/jlca.12446>

Submissão em: 03/06/2023

Aceito em: 04/08/2023

Citações e referências conforme normas da:



ASSOCIAÇÃO
BRASILEIRA
DE NORMAS
TÉCNICAS